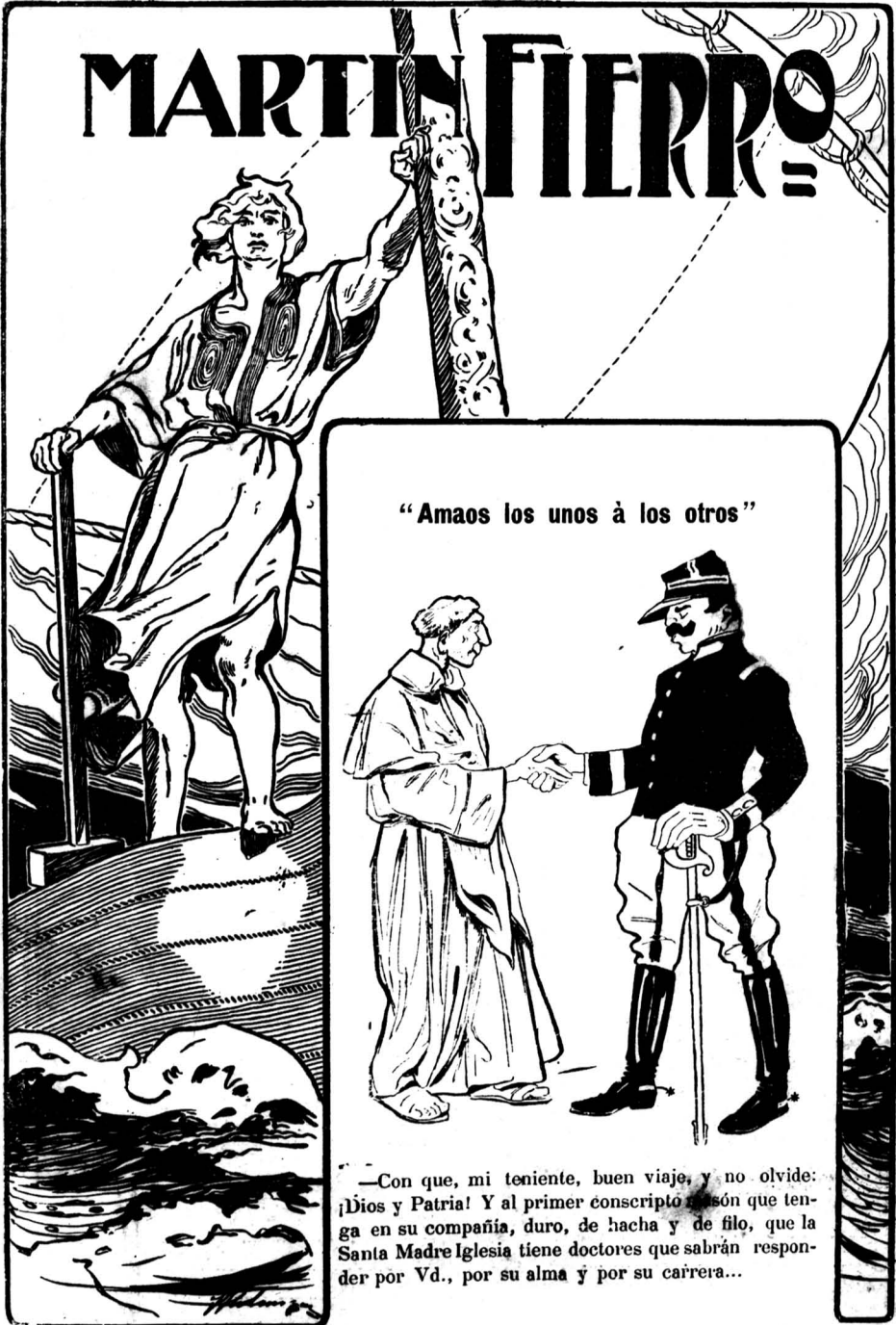


MARTÍN FIERRO



“Amaos los unos à los otros”

—Con que, mi teniente, buen viaje, y no olvide: ¡Dios y Patria! Y al primer conscripto que tenga en su compañía, duro, de hacha y de filo, que la Santa Madre Iglesia tiene doctores que sabrán responder por Vd., por su alma y por su carrera...

"LA EXPOSICIÓN ARGENTINA" ALSINA 1640 *
 * **BUENOS AIRES**

MUEBLES Y TAPICERÍA

LOCAL MUY VASTO Y MEJOR SURTIDO * **CASA DE CONFIANZA**

Grandes depósitos centrales para guardar muebles. Se reciben muebles y objetos de arte en depósito garantizando su perfecta conservación.

1

CIGARRILLOS



"TRES CORONAS"



HABANOS

G. San Germier

POR CINCO PESOS ↗

Se manda libre de porte un surtido de 25 paquetitos de semillas al gusto del comprador, un lindo obsequio y un Calendario de las sementeras. *

ALFALFA DE LA PAMPA

Calle **LIMA, 1165** * **BUENOS AIRES**

3

LOS OBREROS Casa fundada * en 1854 *

— DE —
FEDERICO ROVEDA

ROPA HECHA Y ARTICULOS PARA TRABAJADORES

Calle **DEFENSA** núm. 619

NOTA: Nuestra ropa no se descose. Pida V. catálogo

7

I. Bonansea

CIRUJANO — DENTISTA MECÁNICO

Calle **MORENO** núm. 990

— * **BUENOS AIRES** *

5

Justino B. Lamarque

CIRUJANO - DENTISTA

Ex-Jefe del Consultorio de Odontología de la A. Pública

Horas de consulta: de 8 á 11 y de 1 á 6

Calle **ARTES** núm. 543 **BUENOS AIRES**

15

Pinturería y Ferretería del Comercio
POR MAYOR Y MENOR

DE JOSUÉ BENZONI

Surtido general de Ferretería, Vidrios, Espejos, Lunas, Papeles pintados, Pinturas, Oleografías, etc., etc.

DEFENSA núm. 966 — **BUENOS AIRES**

6

"MARTIN FIERRO"

Semanario Ilustrado de Crítica y Arte

Redacción y Administración: SANTIAGO DEL ESTERO, 1072

PRECIOS DE SUSCRICIÓN ADELANTADA:

EN LA CAPITAL:

Trimestre \$ 1.20

Año » 4.80

Exterior: \$ 4.—oro al año

EN EL INTERIOR:

Trimestre \$ 1.80

Semestre..... » 3.50

Año » 6.—

Número suelto: 10 centavos—Provincias: 15

MARTIN FIERRO

REVISTA POPULAR ILUSTRADA DE CRÍTICA Y ARTE

OFICINAS: SANTIAGO DEL ESTERO 1072

DIRECTOR: ALBERTO GHIRALDO

AÑO I

BUENOS AIRES, 2 DE JUNIO DE 1904

NÚM. 13

LA AGONÍA DE LOS DIOSES

Obrar es vivir; obrar más es aumentar el fuego de vida interna.

GUYAU.

LA fe religiosa, que en los pasados siglos de obscurantismo, había arraigado tanto en la conciencia de los hombres siendo casi exclusivamente el solo factor que determinaba todos sus actos, ha muerto ya; el Dios de los antiguos, recibiendo los bárbaros holocaustos de los hombres ha quedado relegado al olvido más profundo y ni uno sólo de los humanos obedece ciegamente, como antes, á la concedida voluntad de lo sobrenatural.

Después de la "razón pura" que en tiempos ya relegados al olvido fué la que hizo evolucionar las religiones, pasando gradualmente del politeísmo al monoteísmo, impera con destructor entusiasmo el foco luminoso del conocimiento práctico y objetivo de las cosas que todo lo invade y presenta á los ojos de nuestro entendimiento los erróneos conceptos que nuestra ignorancia había levantado; y de día en día nuevas oleadas de luz suceden unas á otras que cristalizándose en nuestro espíritu hacen vibrar cada vez más intensamente las fibras de nuestro corazón.

Y es que las modernas corrientes científicas hanse acentuado de un modo tal en los cerebros humanos, que hoy han quedado ya casi olvidados por completo los estériles conceptos metafísicos, naciendo claramente los ideales en medio del vasto y fecundo campo del positivismo, basado en la observación y experimento de todo cuanto nos rodea.

Darwin, el más grande de los revolucionarios habidos, sentó á mediados del pasado siglo XIX, exponiendo su "teoría de la evolución", la primera piedra fundamento de la moral positiva y modernamente el gran naturalista Haeckel, con su "ley de la substancia" ha venido á fortalecer de una manera notable el edificio de la ciencia; hoy la Vida con impetu devastador destruye toda creencia y se desborda por todas partes.

Y no solamente hemos entrado en un periodo de des-

trucción de los ídolos *externos y personales*, no; nuestra obra se extiende mucho más allá; penetra hasta la intimidad del sér humano y con felices resultados sana nuestras almas ulceradas por el contacto de la superstición quintaesenciada.

El gran filósofo Guyau, ha sido el que con más audacia ha atacado hasta su último grado las tiranías morales, despojándonos por completo del "santuario de la conciencia" donde estaban refugiadas; ha examinado científicamente y punto por punto los conceptos integrantes de nuestra vida psico fisiológica y ha descubierto la Vida en todo su esplendor, desalojando de nuestro sér los ídolos, que enderrocados por las modernas corrientes filosóficas habían nacido en nosotros cubiertos con el ideal velo del *impersonalismo*. Su obra, edificada encima de las ruinas de las viejas creencias se ha superpuesto aún á la de los grandes filósofos Stuart Mill, Spencer, Nietzsche, Fouillé, etc., etc.

El bien en sí, errónea ilusión de los antiguos moralistas, los conceptos *a priori* de Kant, el optimismo de Spinoza, el pesimismo de Hartmann, fundado en la balanza de los placeres y los dolores, y la moral del placer que modernamente algunos filósofos habían considerado como fin de nuestros actos, todo ha sido enderrocado por él.

Los dioses externos han desaparecido, y los internos, unificados todos bajo su único aspecto, el *Deber*, están lanzando al vacío su postrer quejido de muerte; del estudio y verdadero conocimiento de la evolución humana, ha surgido derramándose con impetuosidad por todas partes, la ley de la Solidaridad, que abarca desde el mundo de las células, el sér, hasta el mundo de los séres, el universo, y científicamente ha quedado bien sentada la teoría de que el blanco al cual van dirigidos todos nuestros actos, nuestras acciones, es la Vida misma; la Vida en todo su posible desarrollo y expansividad.

LAS LEYES SE VAN

LA gran revolución de nuestra época consiste en que las leyes han perdido su imperio. Si se habla de la majestad de la ley, como si fuese una diosa decedida de un mundo superior, la gente escucha incrédula, porque sabe ya que la ley es de origen humano, como la religión, y que, como está, ha pasado por transformaciones análogas. Se tiene por averiguado que los siglos que fueron han legado al presente tanto sus leyes como sus supersticiones, y esa vieja herencia, celta, ibera, judía ó romana, franca, ó visigoda, no es para nosotros más que un resumen de todas las opresiones antiguas. Así como comparando las religiones se ha demostrado que procedían todas de un mismo origen quimérico, la legislación comparada nos ha convencido de que las leyes, confectionadas por los fuertes contra los débiles, han sido siempre una agravación de la injusticia. ¿No es un capricho, no es una maldad, no es una infamia que hayan sido erigidas en artículos de ley las injusticias que nos rodean? En todas las revoluciones son siempre los amos y los sacerdotes los que han resistido á las rebeldías de la equidad.

Actualmente es tan grande la diferencia entre

las leyes y las concepciones modernas de la justicia, que los jueces mismos, investidos de la magistratura y encargados de pronunciar veredictos de culpabilidad ó de inocencia contra un reo, se ven obligados no pocas veces á ponerse en contradicción con la ley para obedecer á su sentimiento de equidad. Los jueces, para salvar una cabeza que la justicia histórica reclama, niegan tranquilamente un acto que están seguros de haberse cometido. Que el juez se dé cuenta de ello ó que obedezca simplemente á su conciencia, no significa que sea menos verdad el que las leyes resultan por sí mismas embarazosas y son una traba á todo lo noble y espontáneo: en cada hecho apela, no á una jurisprudencia exterior, sino á su propia conciencia; las leyes, como los dogmas, al pasar por el tamiz de la crítica, han perdido su carácter augusto. No vivimos ya en aquellos tiempos en que aparecían á la cumbre de una montaña entre el zigzag de los relámpagos y el ruido de los truenos ante un pueblo prosternado: el Código, como la Biblia, no es más que un libro sin autoridad, del que cada siglo y cada hombre ha desgarrado algunas páginas. — R.

CLÁSICOS CRIOLLOS

La Encuhetada

(Fragmento)

—¡Por vial... Y ¡cómo les ha ido
En tanto apuro ó redota?
—¡Hágase cargo!... en pelota,
Y en monton hemos venido:

Pues mandaron embarcar
De un modo tan derepente,
Que fué rejuntar la gente,
Y al momento de mandar,

Como aguacero á la costa
La botería acudió,
Y el criollaje ahí se juntó.
Como manga de langosta.

De ahí empezaron á echar
Viajes al barco á menudo,
Y en el bordo como pudo
Nos hizo desparramar...

Del pértigo á la culata
De un barcozo roncador,
Nato viejo y rodador
A impulsos de una fogata:

Cosquilloso á una ruedita
Que de atrás un marinero
Se le prendió á lo carnero,
Como haciéndole colita.

Pero paisana... ¡que cosa
De barco tan maquina!
Y grandote el animal
De una manera asombrosa.

Oiga, le relataré
La laya de barco que era,
Que no es fácil aparcera;
Pero, en fin, me amañaré.

Era un barco... ¡tamañozo!
De madera de mi flor,
Y tendría de largor
Como dos tiros de lazo.

En la barriga tenía
Un pozo, donde se apiaba
La gente que traginaba
En pura carbonería.

Arriba los comandantes
Rodeaos de la oficialada,
Y mucha marinera,
Con sombreros relumbantes,

Que á unos horcones tan altos,
Que en las nubes se perdían,
Por unas cuerdas subían
De tropel y dando saltos.

Abajo había cuarteles
Y corrales y galpones;
Y encima grandes cañones
Con rondanas y cordeles.

Y un cañuto ¡temerario!
Enterraio yo no sé cómo,
En lo más ancho del lomo,
Y más allá un campanario:

Y luego en cada costao
Una rueda con aletas,
Que no he visto ni en carretas
De esa laya de rodao.

Viese, aparcera, al montar,
¡Qué julepe y qué jabón
Nos pegó una quemazón!
Que abajo entró á reventar!...

Y ver salir apurao
Como avestruces corridos
Los hombres, que á unos chifidos
Subían todos tiznaos.

Yo me empecé á refalar
El poncho para aliviarme,
Y estuve por azotarme
Como carpincho á la mar.

Pero supe que de intento
Prendian abajo el fuego,
Y vi á un oficial que luego
Se puso á vichar atento;

Y en cuanto por el cañuto
Vido salir la humadera,
Le aflojaron, aparcera,
Y echó á correr ese bruto.

A dos laos y relinchando,
Campo ajuera saltó al mar,
Aonde empezó á bellaquiar:
Y ya nos juimos echando.

Luego no más, en tendales
Quedó todito el hembraje,
Y atrasito entró el machaje
A rrodar como costales.

Al momento una fatiga
Y un asco tal nos entró,
Que á todos nos revolvió
Tan de—una— vez la barriga...

Que con los ojos saltaos,
Haciendo fuerza bramaban
Los criollos, y gomitaban
Quedando desparraos:

Y sin poder aguantar
A semejante alboroto,
Hasta el último poroto
Nos hizo desembuchar.

Ansí he cruzao el camino
Con todito ese trabajo,
Y he venido cuesta abajo.
A entregármele al destino.

HILARIO ASCASUBI

LA VIDA NUEVA

CUANDO el sentido de la utilidad material y el bienestar domina en el carácter de las sociedades humanas con la energía que tiene en lo presente, los resultados del espíritu estrecho y la cultura unilateral son particularmente funestos á la difusión de aquellas preocupaciones puramente ideales que, siendo objeto de amor para quienes les consagran las energías más nobles y perseverantes de su vida, se convierten en una remota y quizá no sospechada región, para una inmensa parte de los otros.—Todo género de meditación desinteresada, de contemplación ideal, de tregua íntima, en la que los diarios afanes por la utilidad cedan transitoriamente su imperio á una mirada noble y serena tendida de lo alto de la razón sobre las cosas, permanece ignorado, en el estado actual de las sociedades

humanas, para millones de almas civilizadas y cultas, á quienes la influencia de la educación ó la costumbre reduce al automatismo de una actividad, en definitiva, material.—Y bien, este género de servidumbre debe considerarse la más triste y oprobiosa de todas las condenaciones morales. Yo os ruego que os defendáis, en la malicia de la vida, contra la mutilación de vuestro espíritu por la tiranía de un objetivo único é interesado. No entreguéis nunca á la utilidad ó la pasión sino una parte de vosotros. Aun dentro de la esclavitud material, hay la posibilidad de salvar la libertad interior: la de la razón y el sentimiento. No tratéis, pues, de justificar, por la absorción del trabajo ó el combate, la esclavitud de vuestro espíritu.

JOSÉ ENRIQUE RODÓ.

LECTURAS

La instrucción de una criatura no consiste en hacerle recitar textos ininteligibles... Consiste en darle á saber hechos, nociones, cosas útiles, cosas prácticas... Nada más absurdo que comenzar á enseñar á un niño en una lengua muerta quien fué Fabio, rey de los sabinos, semejantes asuntos que corresponden á nacieron estinguidas, dejándole al mismo tiempo sin saber lo que es la lluvia que le moja, ó como se hace el pan que come, y todas las otras cosas del Universo en que vive. Nada de clásicos! El primer deber del hombre es vivir. Para esto es necesario estar sano y ser fuerte. Toda educación sensata consiste en esto: crear la salud, la fuerza, desarrollar el animal, armándolo de una gran superioridad física. Tal cual como si no tuviese alma. El alma viene después. El alma es otro lujo. Es un lujo de la gente grande...

EÇA DE QUEIROZ.



I

o quiero, no; rechazo esas migajas de cariño que, como a una pordiosera de amor, me entregas en tus ratos de ocio.

Prefero el aniquilamiento doloroso de mi ser en la abstinencia absoluta de mis facultades. El horror del vacío me estremece, pero más torturante aun es la comiseración que me humilla. Yo bien me sé que, en el fondo, tu proceder es honrado. Tú te conduces para conmigo como los abogados que llegan al sacrificio. Te considero como a uno de esos triunfadores de la gloria que se sienten abrumados por los halagos de la multitud a quien, sin embargo, se obligan por agradecimiento. Yo te abrumo con mi cariño y tú te sientes obligado hacia mí por agradecimiento también. Tú eres el triunfador; yo la multitud. ¿Me explico?

Tal vez el leer estas líneas y al encontrarte descubrierte cruce por tu imaginación la idea de ocultarme tu pensamiento. Pero es inútil; tu no puedes esconderme tu alma, para mí desnuda en lo que á amor se refiere. Sé lo que hay en ella, hasta en sus pliegues más secretos. Y esto no es una pretensión sinó una verdad, que no has de negarme.

Escúchame: Esta carta te la escribo sin lágrimas, pero con el desconuelo de un espíritu abatido para siempre. Convencida de mi infelicidad, he resuelto aceptarla, cortando de un solo golpe este lazo, ahogador, que nos ata. Tú no puedes quererme y mis orgullos de mujer amante estallarían ante la negación de ésta realidad terrible. ¿Para que provocar, entonces, una situación desesperante? El grano de filosofía que existe en mi espíritu es el que me aconseja en esta circunstancia. El me empuja á la adopción de este temperamento.

Siendo yo la única victima de esta resolución no espero de tí una respuesta que encierre una esperanza. Ten por seguro que ella holgará en esta emergencia: estaría demás. Y ahora: para siempre, adiós!

Puesta la firma, Sarah dobla el pliego, toma un sobre y envía la carta con esta dirección: Diego Rosas, Casilla de Correo número 20. En seguida pide un carruaje y sale, no sin beber antes una fuerte dosis de bromuro que reclama, imperiosamente, la excitación alarmante de sus nervios.

II

Cuando Diego Rosas leyó la carta de Sarah, el primer impulso que tuvo fué de ira. Después se contuvo exclamando: ella no tiene razón pero ¡se lo juró! sucederá lo que manifiesta desear. Y desde ese instante forma un propósito: olvidar si, á aquella mujer cuya belleza había llegado á inspirarle un amor grande y extraño.

Es una alma enferma, se dijo. Ignoro que destino la arrastra. Sabe que no es cierto lo que expresa y yo se que no alienta poder humano, fuera de su capricho, capaz de torcer su intento.

Ha demostrado por mí una especie de furia eroticamente espiritual, erotismo de alma y de cuerpo, único apto para producir la emoción total del amor, y hoy, porque sí, sin que haya un motivo real, ella resuelve el suicidio de ésta pasión que convierte en juguete peligroso para mí muerte y la suya.

No encuentro un solo indicio en el pasado de nuestras relaciones que hubieran hecho suponer al hombre más experto en lides de amor esta determinación curiosa. Después, como acordándose de un hecho al que, infundadamente no hubiera dado importancia, agrega: á no ser que mi brusca partida de anoche cuando la dejé para concurrir á la cita de mis amigos: las palabras, un tanto agrías, con que contesté á sus súplicas cuando pretendía retenerme... pero no, no puedo creer que esta aptitud tan

propia de mi carácter cuando me contrarian, de este carácter que ella conoce, que se precia de haber profundizado, sea la causa exclusiva de su desigmo. Sin embargo, francamente, no acierto con la verdad. Ella experimenta la necesidad de declararse victima y así lo hace. ¿Efectivamente sufre? Tal vez; no lo sé. ¿Pretende hacerme sufrir engañandome? ¿Es una perversa ó una desequilibrada? No lo sé tampoco; y yo no puedo, no quiero calificarla!

Y abrumado en análogas reflexiones permaneció como en sueños.

III

Una ilusión pareció alentarle en medio de su nostalgia. Y entonces se entregó, en absoluto, á la labor ruda y sin tregua. En su mesa de estudio se amontonaban las cuartillas. Escribía, escribía sí, atropellada, febrilmente, en arrebatos de inspiración que se subleva.

Pensó que en pocas horas podría dar fin á aquella obra comenzada hacia años y en la que fundaba sus mayores glorias de escritor y artista. Para esto pondría en ella toda la intensidad de su congoja, los desgarramientos de su espíritu atormentado; haría vibrar en ella toda la desesperación de sus ansias, la vehemencia de sus pasiones, todo el afecto, en suma, que se iba detrás de aquella mujer loca, cuya resolución lo desconcertaba, exacerbandolo á la vez, hasta provocar el desquicio de su ser moral.

Como todos los grandes enardecimientos éste pasó también dejando una sensación de cansancio. Y otra vez el pasado surgió, vivo y anonadador, en su cerebro. Y entonces se confesó abatido, débil, sin fuerzas, sin energías: cosa sin rumbo, sin objeto, marchando en el arroyo á merced de un viento de muerte. Lloraba sus amores...

IV

—¿Sufrés?

El creyó soñar. La voz suave que así lo interrogaba era la de Sarah. Sus manos, sus pequeñas manos, de dedos finos y nerviosos, que siempre, al acariciar, producían estremecimientos de voluptuosidades únicas, eran las que se posaban sobre sus hombros. Era ella la que llegaba sorprendiéndole en su meditación. Y al mirarla, al encontrar-se sus rostros, sintió él algo así como una estupefacción deliciosa que le proporcionara un bienestar infinito; y se dió entonces cabal cuenta de la influencia enorme que aquella mujer debía ejercer en el mecanismo de su alma. Y olvidó por completo su propósito reciente para dedicarse, con empeño vivaz, á la reconquista de su dicha que, hacía un momento, consideraba naufraga, á inmensa distancia de puerto amigó.

Arrobada, como en éxtasis, le contemplaba Sarah.

—Pero, dime, dijo él, de pronto, esa carta...

—Te lo diré; todo eso es cierto; eso es verdad porque yo así lo he sentido. Esa carta es sincera: mi sufrimiento ha sido una realidad, porque lo cierto, lo verdadero, en fin, es solamente aquello en que uno cree. Y piensa que no se llega á tener, como yo, la convicción del dolor sin que este sea un hecho. La causa yo la habré forjado, quizá, ayudada, un poco por tí. Pero ella existió, pequeña, en germen imperceptible, si te parece, pero en germen que mi imaginación fecundó de una manera monstruosa.

Diego Rosas observaba á Sarah con curiosidad creciente. Jamás se le ocurrió imaginar que aquel cerebro tuviera tantas complicaciones, siendo capaz de argumentar con tan especial filosofía. Sin embargo, resultaba de innegable interés todo aquello y, por su parte, con tal que á ella no se le antojara privarle de sus caricias en lo futuro, podía muy bien continuar razonando, descuidando en su charla pizpireta, aunque no del todo exenta de profundidad.

—Ahora bien, siguió Sarah, como todo eso es cierto, como yo, aunque no lo parezca, soy lógica, á mi modo, te repito que esa carta no tiene contestación, puesto que no la acepto y que, por lo tanto, ese, nuestro amor de ayer, ha fenecido.

El, proscribiendo mirándola con mayor asombro cada vez sin darse cuenta ya de lo que quería, de lo que pensaba Sarah.

—Por fin, exclamó, sulfurado casi, quiero imaginarme que no habrás llegado hasta aquí con el deseo de burlarte. Y si á esto es verdad, sí, como manifestarlo parecen tus ojos, aun piensas en mi cariño, no sé, realmente, como vas á componértelas, en esta ocasión, para ser lógica.

—La explicación es sencilla, replicó Sarah. Mira; aquello ha existido, es decir, ha sido, ha pasado. Lo que pueda venir, todo, es nuevo; yo recién te conozco...

Y mientras él la contestaba con una sonrisa de agradecimiento, ella lo envolvía, mareándolo, en una mirada de ensueño, ébria de promesas.

Después, mientras el crepúsculo invadía la habitación confortable del artista, en el ambiente perfumado y tibio resonó con ecos inefables de alegrías resuscitadas, el primer beso de aquellos nuevos amores...

Vibra con ardimiento prometeano
la espada luminosa de la idea
y en su potente inspiración flamea
el fuego de su aliento soberano.

Águila prisionera del pantano
que hirieron a traición en la pelea
El poeta es un dios que se recrea
en los mismos misterios de su arcano!

Deja que vibre en su viril palabra
al mágico conjuro de su acento
su noble indignación. Deja que se abra

como rosa de llamas su ardimiento,
que son los versos el buril que labra
la escultura de luz del pensamiento.

LA GLORIA

Le atrajo con ahínco la victoria
y, aguilta alitiva abandonó su nido,
y al sucumbir antes de haber vivido
borro con su existencia su memoria.

Cruzo como un meteoro hacia la Gloria
y se hundió en las tinieblas del olvido.
Fué su vida un relampago perdido
en la noche brumosa de su historia!

Cumbre que se agiganta y desmazona
fué su suerte una mar embravecida
y vió al rodar deshecha su corona

que era la Gloria, su visión querida,
cadena de esplendor que se eslabona
para aferrarse al lodo de la vida!

1904.

I

Nací de cara al sol! Mi noble brio
se templó de la vida en la mañana
porque sentí desde mi edad temprana
sobre la faz su latigazo limpio.

Jamás la suerte me dobló al hastío:
ante mí se estrelló su furia insana
como se estrella en su iracundia vana
ante el peñón el huracán bravo.

Y cuando gime el corazón llagado
al divisar el Porvenir oscuro,
en mi rudo dolor transfigurado

vibra mi inspiración, y á su conjuro
de las ruinas de ensueños del pasado
cievo mis ensueños del futuro.

II

Alma en la fragua del Dolor templada,
no pido compasión: justicia quiero.
Escrito llevo en mí pendón guerrero,
antes que vida infame tumba honrada.

Tras la victoria, mi deidad soñada,
he de luchar en el combate fiero,
mientras vibre en mis manos un acero
y un hálito de fuego en la mirada.

Famélico de sangre de venganza
con firme planta y corazón sereno
sé oponer la pujanza á la pujanza.

Crecido en los rigores de la suerte
antes que ser amado como bueno
prefiero ser temido como fuerte.

LEOPOLDO VELASCO.

DIÁLOGOS DE ACTUALIDAD

La señora de P.—La señora de H: En casa de ésta á las tres de la tarde (los nombres los encontrará el lector en la crónica social de cualquier diario).—Lilia, nena de ocho años.

La señora de X.—No señora; no pude ir anoche á la Opera. Figúrese que, al regresar de Palermo, encontré á Lelia enferma. Usted sabe que es tan delicadita...

La señora de P.—¡Ah, sí! Esta muy débil esa niña. Deben atenderla mucho.

La señora de X.—¡Imagínese, señora!... Nos desvimos por cuidarla. Medicinas y fortificantes por aquí, allí, vivimos por allá...

La señora de P.—¿Y come con apetito?

La señora de X.—Muy poco; es un pajarito, pero el cocinero que tenemos, que es muy bueno, le prepara siempre platitos delicados y, con maña y engaños, conseguimos hacerla comér. Figúrese que esta mañana para obtener que tomara unos bocados le tuvimos que decir que iba á quedarse como esa niña de Pérez, que á fuerza de pasar necesidades se está transformando la pobre en un escarabajos...

La señora de P.—¿Y qué me dice de esa gente?

La señora de X.—¡Ah, señora! Que infamia. No sé como Dios no las castiga. Todo el santo día chibotándose por esas calles. ¡Que á las 7 tardas, que á Palermo, que á los teatros y á las kermeses... Lee usted la vida social y se harta de encontrar el nombre de Pérez. Infaltables á todas partes.

¿Y sin embargo, usted sabe!...

La señora de P.—¡Calle, hija, calle! ¡Si supiera lo qué me ha contado ayer en la metropolitana la de González!...

La señora de X.—Lo que es ella tampoco puede hablar mucho de los demás...

La señora de P.—Tiene razón; pero esta vez creo que habla con justicia.

Figúrese... la mucama que tiene le ha contado horrores de las de Pérez. Dice que en aquella casa comen un día por otro; que el marido hace un año que no trabaja, y que se pasa la vida escribiendo cartitas á los amigos pidiéndoles plata; que el ministro les garante las cuentas de Mirás por los bombos que un primo de ellas les pone en un diario.

La señora de X.—Y dicen que tienen coche propio... Así se escribe la historia...

La señora de P.—Y una porción de cosas más ¡horribles, hija, horribles! La señora, para no pasar por vieja, jamás muestra á su hija que ya tiene como once años y le da una vida de perros á la pobre criaturita, que vive como guacha, encerrada siempre, aporreada y muerta de hambre.

La señora de X.—¡Qué facinerosas! Ni anarquistas que fueran... ¡Ay Dios mío, cómo está el mundo!
Lelia (entrando).—¡Mamá! Mamita, ya son como las tres y no...

La señora de X.—¡Lelia! ¡Lelia! ¿Qué vienes á hacer aquí? ¿Qué atrevimiento es este? Pronto, retírate.

La señora de P.—Déjala usted señora, no molesta.

La señora de X.—¡No es por eso sino para que aprenda la buena educación! ¡Vete con la niñera, Lelia!

Lelia.—¡Pero mamá! ¿Qué tiempo hace que se fué... ¡Ay! ¡Ay! No me peliague...

La señora de X.—¡Tonta! ¿Quién te peliizza? Vamos, toca el timbre y llama á Clara.

Lelia.—¡No funciona! ¿No te acuerdas que lo descompusieron cuando nos cortaron el gas?...

La señora de X.—(Zamarreándola.) Pero que cosas inventas muchacha de los demonios. ¿Estás con fiebre? ¿Delirias? (Lelia consigue desahirse y se arroja llorando en brazos de la señora de P.)

La señora de P.—Déjala, señora. La pobrecita no sabe lo que dice. (A Lelia.) ¡No llore más mi nena, no llore porque cita. Está enfermita ¡no!... Vamos, déle un beso á mamá y váyase á jugar con sus hermanitos ¡quiere!...

¿Qué juego te gusta más?

Lelia (sollozando).—Nin... nin... guno.

La señora de X.—Sí, á ella le gusta jugar á las visitas. ¡Si viera, señora, cómo se entretienen! La hermanita Julia hace de dueña de casa, y ésta y Bebé, son el matrimonio que vienen de visita. Y se hacen unas reverencias y unos cumplimientos lo más aristocráticos.

La señora de P.—Y es muy bonito eso. ¡Así van aprendiendo las reglas de la buena sociabilidad! ¿Por qué no vas á jugar, nena?...

Lelia.—¡Por que no! ¡Por que no! ¡No quiero!...

La señora de X.—¡Vamos Lelia, sé buena, vete á jugar á las visitas!

Lelia.—No, no, no! ¡No me has dicho que es de mal tono hacer visitas antes del almuerzo?

La señora de X.—¡Es claro que sí!

Lelia.—Bueno. ¡Y como nosotros no hemos almorzado hoy!.....

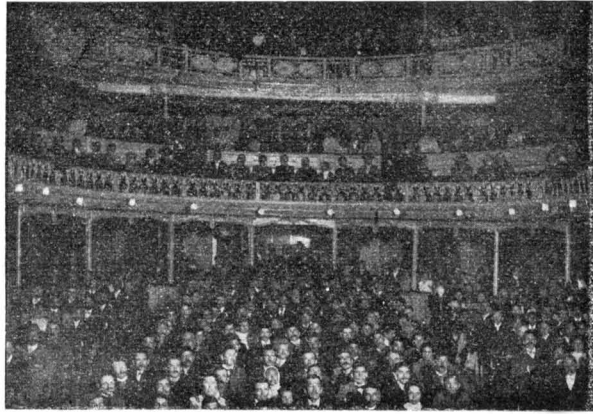
LUCIANO STEIN

APESAR del poco tiempo de que se dispuso para organizar una velada á beneficio de las víctimas de la policía bonaerense, efectuóse ésta con notable éxito el domingo pasado.

Iniciada por la Unión Cosmopolita de Obreros Panaderos del Rosario,—uno de los núcleos obreros de esa localidad, que más se distingue por su actividad en la propaganda y en la lucha económica—y con el concurso del cuadro filodramático Libre Pensador, resultó tanto más interesante cuanto que al par de éxito de escena, heraldó de solidaridad obrera.

El programa anunciado fué cumplido en todas sus partes, mereciendo sus intérpretes calurosos aplausos del público. Por lo demás el lleno fué completo y abundante el óbolo recogido para los caídos del 1.º de Mayo y sus familias.

Como ejemplo de solidaridad y cultura obrera, como actos de propaganda repítanse con frecuencia estas interesantes fiestas.



LA CONCURRENCIA

CRÓNICA CIENTÍFICA

La telegrafía sin hilos en la antigüedad

EL sistema telegráfico de Marconi tiene un rival antiquísimo, anterior con muchos siglos de anticipación á la cometa de Franklin y al alfabeto de Morse, según declara C. A. Ridout, misionero anglicano que acaba de llegar á Londres del Africa del Sud, después de una residencia de cuatro años entre las tribus de los territorios occidentales de Natal.

Los súbditos del rey Leobodi poseen un sistema telegráfico que les permite la comunicación minuciosa y constante entre las aldeas más lejanas del reino, y la capital, que en tiempos de paz extiende á los jefes de toda población las reales órdenes, y en tiempos de guerra comunica noticias de victorias ó derrotas.

En cada aldea hay unos funcionarios destinados al servicio del telégrafo, que es una especie de tambor formado con una calabaza seca, cubierto con piel de cabrito, convenientemente preparado, que produce un sonido que se oye á la distancia de 8 á 12 kilómetros.

El telegrafista toca su instrumento, cuyos sonidos, por su intervalo y su duración, según el plan convenido, son perfectamente interpretados por los telegrafistas de la circunferencia, quienes los transmiten á los de más allá, y de este modo se extienden á todo el territorio con rapidez asombrosa y sin equivocación posible.

Cuando la guerra anglo-boer las noticias se transmitían por ese medio, á veces con más celeridad y con idéntica exactitud que las del telégrafo eléctrico.

Ese sistema de comunicación, que Ridout ha comprobado que transmitía órdenes á más de 1,500 kilómetros repetidas en centenares de aldeas, se usa en casi todas las tribus africanas, y han admirado á otros viajeros entre los Pondos, los Tembis y los Bechuanas, conformes en reconocer á aquellos hombres capacidades intelectuales verdaderamente superiores.

X.

LECTURAS

No quería Cristo que los suyos atesoraran, riquezas. «No es posible, les decía, que sirváis á Dios y al dinero, porque tendréis el corazón donde el tesoro.» Y aquí el que de más cristiano se precia, atesora y atesora, sin ver nunca harta su codicia. Aún á costa de general pobreza, aún á costa de la ruina de la Patria, amontonan aquí inmensos caudales hombres que se dicen siervos de Cristo. El afán de enriquecerse es general, y se sacrifica por conseguirlo descanso y honra. ¿Dónde está el cristianismo? ¿Dónde los cristianos? Aborreció Cristo la hipocresía, y no quiso que los suyos pregonasen sus limosnas, ni orasen en público ni hiciesen largas paces, ni manifestasen en el rostro sus ayunos, ni jurasen. Se nos exige á cada paso que juremos, se ora públicamente, se ensarta paces sobre paces y se hace ostentación y gala de lo poco que dan los ricos sobre lo que á los menesterosos usurparon. La moral cristiana no existe, no existe sino la superstición cristiana. Si Cristo volviera encontraría en sus creyentes á los escribas y fariseos de su tiempo, y á latigazos arrojaría de sus templos á los que los han convertido de casas de oración en cuevas de ladrones.

FRANCISCO PÍ Y MARGALL.

Quiero cantarte, atleta, una vez sola,
una vez nada más: pero mi canto
debe vibrar hiriente en la conciencia
del pueblo ingrato que te olvidó libre...
¿cuando en otrora, al puntapié del déspota,
á ti volvía suplicantes ojos
para implorar de tu heroísmo grande,
todo, puesto que todo tu le diste
al formidable bote de tu lanza?

Quiero cantarte, pero un canto espléndido
que á través de los siglos y los orbes
irradie como un iris los espíritus:
repercute triunfal como las dianas
beligerasas de tus mil victorias,
en la presente edad en que tus hijos
á mengua tienen de llamarte padre...
Que himnos bélicos sean mis estrofas
en esta época mía, que cien razas
de otras cien partes deprimidas vienen,
sin religión, ni anhelos, ni apellido,
á profanar tus lares sacrosantos
con la impiedad nefaria de sus cálculos...
y que, en su hambre, en su vértigo de lucro,
no sólo de tu suelo se apoderan,
sino que las costumbres de tu vida
ejemplarias, corrompen con sus vicios...
y al ombú corpulento de tus cuitas,
y al legendario rancho de tus sueños,
y al palenque, al rodeo, á las llanuras,
y á todo, á todo sin mirar destruyen...
y es tal su acción impía, el menosprecio
que por lo tuyo sienten, que hasta llegan
á fementir la estirpe de tu cuna,
á dudar de tus épicas hazañas,
y lo que es más, ante argentinos ojos
que ni se alteran á tamaño ultraje,
te despojan del nombre inmaculado
de Albarracín, de Salazar y Gomez
que á la historia legaras, y te arrojan
el aprobioso estigma de Moreira...
criollo infeliz, al que también el tráfico
de infames troca en bárbaro asesino!...

Nó: y mil veces jamás! Esos, que lanzan
tan vil calumnia á tu inmortal memoria;
esos, que de jocundos dragonean
vilipendiando el lustre de tu nombre
en el pasquin y el drama con que logran;
esos Facundos, calvas eminencias
que el garabato de su juicio escriben
en las páginas puras de tu vida,
sin conocer acaso ni tu estampa;
todos eso que á ti, noble Falucho
que prefieres la muerte á otra bandera;
todos esos que á ti, Cabral que salvas
un mundo chorro á chorro de tu sangre,
todos esos que á ti, gaucho severo,
con el compadre de esta edad confunden...
¡todos esos, merecen el fustazo
del rotundo mentis de mis estrofas!

Si: lo sostengo yo, por la fé mía!
Por mi arpa de poeta y por mi nombre
lo digo yo, que compartí tu rancho

viviendo la existencia de ese idilio
de la quimera riente de tu vida.
Yo lo repito, yo, que te contemplo
con la frente bien libre, con el rostro
serenamente dulce, entre el estuche
de tus negras patillas, con el alma,
noble y viril, sonriendo melancólico;
con el busto arrogante hacia la grupa,
y con los ojos fijos allá lejos,
en la incommensurable lejanía,
al viento el poncho, la melena suelta
sobre los hombros en sedosos rulos,
y ginete en el hijo del desierto,
galopando al compás del argentino
tric tric de las espuelas, ó á los sonos
dolientes de algún *triste* de tus pagos...
yo te contemplé así, cruzar la América
de estos á otros confines, yendo intrépido
á donde había esclavos y opresores
para imponer vasallamiento bélico
al déspota señor, cuya soberbia
jamás domando á tu valor depuso,
y á tu hidaigua tanta, el admirado
bajo los pliegues de la patria enseña
te rindió con orgullo señorío....

Te veo manso, más la frente erguida
á los rigores del señor despótico,
sufocando en tu pecho de hombre altivo
la tempestad sublime de tu orgullo;
te veo jadeante, fiero, el labio
suelto, espumoso, y con la vista fosca,
surgir como centauro entre los nimbos
flamantes de la pólvora encendida,
blandiendo con segura diestra el rayo
de la justicia en los combates cruentos:
te veo franco, adolorida el alma,
inundados de lágrimas tus ojos
abrazar los vencidos contendores
cuando vibraba en los espacios mudos,
el desbordante júbilo sonoro
de esa diana triunfal de tu victoria.

Donde quiera te ostentas noble, grande
cual la efígie del héroe sobre el mármol,
caballero gentil de poncho y daga,
que del valle á la cumbre, y de la cumbre
á los abismos llevas la divisa
de la igualdad demócrata del hombre.
Alma toda heroísmo, y heroísmo
todo nobleza; corazón gigante:
Gomez, que pides del banquillo fúncbre
al enemigo tu glorioso acero
para probarle que jamás un Gómez,
contra los suyos combatir podría:
Baigorria, que á tu jefe en San Lorenzo
con tu existencia su existencia salvas:
sea cual sea el nombre que tu lleves,
gaucho, tú compras todo un continente
al fabuloso precio de la vida
¡coloso pedestal donde te yergues
hasta las nubes cual soberbio Olimpo,
teniendo las edades y la muerte
de hinojos ante el sol de tu grandeza!

CÁRLOS SURÍGUEZ Y ACHA.

(1) La palabra gaucho para el autor, es digna tan sólo del hombre enteramente diestro en cualquier terreno: puede ó no haber nacido en la Pampa, ser ó no medianamente instruido, pero nunca dejar de ser intrépido al par que noble en sus actos.

Nuestra crónica

I

Es de pública notoriedad que *Sobre las ruinas*, drama recientemente escrito por Roberto J. Payró, ha sido rechazado por los dos teatros que, en la capital, podían haberlo puesto en escena.

Ignoro el efecto que el caso ha producido en el público, aunque es probable que, como de costumbre y a fin de no modificar su valor, haya continuado éste en el alto rango de cero a la izquierda, que ha escogido desde mucho tiempo hace, quizá por comodidad ó pereza, tal vez para representarse con todo acierto y exactitud.

Por lo que á mí respecta, aún cuando desconocía la obra, no dejé la ocurrencia de maravillarme, bien que ya debiera estar aseasonado por el medio. ¡Es tan elevada la mentalidad en esta tierra, que aun á riesgo de romperse las narices hurgando en el suelo, hay motivos para no dar con ella! Pero así mismo, ¡no se arriesgan á fracasos, continuamente, las empresas teatrales, poniendo toda suerte de mamarrachos en escena, obras de Implumes águlas ó de gamos estentóreos, gráfomanos antiguos ó flamantes, ó autores noveles que, en la mayoría de los casos, se patentizan de impotentes, cuando no de tontos ó de algo peor?

¿Cómo, pues, rechazar con tan abrumadora unanimidad la obra de un autor conocido, la obra de un talento impuesto desde hace tiempo, por diversas y brillantes manifestaciones propias?

Y así pensando, á pesar mio, maravillándome continúe aún porque un dilema se me imponía: ¿O la mentalidad de Payró por un desastre patológico se había derrumbado de repente, para quedar más abajo que toda esa especie de peregrinos *ingénios* que logran ver sus disparates en evidencia, ó las empresas teatrales, en compañía de sus directores artísticos, querían colmar la medida de la ignorancia, del capricho, ó quizá más acertadamente, de la estupidez?

Impreso el drama rechazado y en mi poder, confieso que me apresuré á leerlo y aún á releerlo. Huelga decir que el dilema, forzada hipótesis, esfumose como por encanto. *Sobre las ruinas*, no sólo corroboraba al Payró anterior, sino que fundamentaba un Payró más amplio, un Payró que veo aún más amplio en no lejano porvenir.

Y digo esto en el terreno de las ideas que apercibo gestando en el espíritu de la obra, aún á pesar de ella misma.

En otros términos, *Sobre las ruinas*, antes que un retroceso marca un progreso, lo que implica el mejor elogio que puede ofrendarse á un escritor.

Y aquí de los señores críticos de esta tierra, aquí de los rellena columnas de diarios, aquí de los que se dicen indignados por la chatura del medio, aquí de los defensores del teatro nacional, aquí de los megalómanos del valer del terruño, aquí de los *sesudos* comentadores.... Aquí.... silencio!

Aquí silencio, que nadie tiene lengua ni pluma. Silencio, que el tema no es para elogios ó vituperios propinados sin ton ni son, ni siquiera para lucir sapienza de analizadores de la música de Wagner ó de cualquiera de las partituras ó dramas quintaesenciados por la crítica europea.

¿Qué lástima que algún Sarcey no haya previsto el caso de Payró, y el comentario de su obra! Además existen problemas transcendentales que preocupan seriamente á los señores críticos: ¡El sombrero de las mujeres en el teatro! ¡El calor ó el frío en el teatro! Indudablemente. Hay que

inclinarse ante tan importantes causas que acusan la imprevisión de mis conceptos anteriores.

En fin ¡qué hemos de hacer!
No quisiera, ni en esta ni en cualquier otra circunstancia, entrometirme en los negocios de las empresas teatrales—sabemos que todo huele igual en Dinamarca—pero debo hacerlo porque así lo impone mi protesta contra la pretendida protección al teatro nacional y, por consiguiente, á los que ponem su esfuerzo en cimentarlo.—bellaca engañifa que la ingenuidad ó ceguera del público no ha visto todavía y que, probablemente, no verá en mucho tiempo, si un nuevo teatro no surge encarnador de una tarea educativa.

Entre tanto realicemos ésta los que tenemos necesidad de pensar y energía suficiente para llamar las cosas por su nombre.

La verdad suele ser muy dura, séalo aún más, cada vez que realice obra de profilaxia ó cirugía. Todo ideal debe ser integralmente defendido.

¡Protección al teatro nacional! Y hay casos que están gritando verdades. Empresas enriquecidas con el producto de una obra y el autor poco menos que á la luna de Valencia. Sólo faltaría tributarles agradecimiento público porque se dignan enriquecerse....

¡Protección al teatro nacional! Y un escritor de la altura de Payró, uno de los pocos en quienes pueden fundamentarse reales esperanzas, rechazado por unanimidad, quizá sólo en el fondo porque la presentación de la obra exigía algunos gastos de decoraciones. No obstante para muchos adeseos que, en ningún caso, podían haber sido comprendidos en el teatro nacional, se pintaron éstas con toda profusión.

Protección al teatro nacional es esta de nueva calaña, y tanto más clínica en su apariencia, cuanto más se cuenta con la impunidad. El público, público bien domesticado, bien engañado en el mal gusto, en todo un hacinamiento de pampalinas, acepta todo, bueno, tolerable y malo, en montón, sin distinguir el rabano de las hojas. Y como el público la prensa, que, en cuanto á pensamiento é ideal, no tiene ni admite otros que no sean los vislumbrados á través de la caja de administración, resultando, como las empresas teatrales, rara especie de protectoras del arte y teatro nacional.

Pero de todos modos es lo mismo. Nadie protesta. Y menos que nadie las empresas en plena era de auge, paulatinamente convertido en despotismo.

Los halagos eran hasta ayer cuando se le echaba al público el cebo del teatro nacional, cuando se estimulaba á los autores con falsos alfileres.

Respondió el público protegiendo á las empresas, medio indirecto de proteger el teatro nacional. Y, naturalmente, la protección se quedó en las empresas que no tardarán en conocer prácticamente que la codicia rompe el saco, porque el público, borrego de hoy, evolucionará y tanto más aceleradamente cuanto en la tarea intervienga la fuerza decisiva de los que en esta tierra ponemos la verdad y la justicia sobre todas las cosas. Y la verdad se impondrá, no precisamente por los que la esgrimen, sino, como siempre, por ella misma.

Y queda para otro número lo demás.

CAMILO DE COUSANDIER.

DEFINICIONES

—¿Qué es la política? Un juego,
Un canevás donde enredan
Su interés los que le chupan
La sangre al pueblo y lo pelan,
Le sacan el caracú
Y lo echan en la vereda
¡Tendido así largo á largo
Como si fuera osamenta!

—¿Qué es el voto? Una virtud
Pa curar todas las penas,
Una luz que alumbra todas
Las partes donde se acerca...
Dicen los que quieren ir
Nombrados por los babiecas
A dictar ley á los otros
Aunque no sepan ni letra.

—¿Qué es la ley? Eso, el capricho
De los que han hecho carrera,
De los que han ido al gobierno

Por vivos ó por trompetas
Subidos en las espaldas
De los pobres de esta tierra
Que no saben sacudirlas
—Lo mismo que los sotretas—
Echando á la zanja á todos
Los que le clavan la espuela.

La farsa no está conmigo;
Digo la verdad entera.
Y es preciso ser muy duro
O sino muy sin vergüenza
Para seguir sosteniendo
A los que nos manosean
Sin protestar ni un chiquito,
Cual si fuéramos ovejas.
Por eso digo, aparceros,
Juntando todas mis fuerzas:
¡Luchemos con la mentira
Hasta que desaparezca!

JUAN PUEBLO.

Porque hay un derecho, una verdad y una razón diferentes para cada secta, para cada partido, para cada persona, pero «ojos que no ven, corazón que no siente», dice el refrán. El sentimiento no puede ocurrir sino sobre los sujetos y bajo los aspectos atrayentes ó repelentes que presenta la inteligencia al corazón—«¡perro cristiano!» «asquerosos unitarios», —y de consiguiente no hay corazón para lo que no haya entendimiento, y si no hay entendimiento para las doctrinas contrarias (1), tampoco puede haber corazón para las desgracias del adversario.

Y porque nadie puede tener en la fuente de los afectos ternuras ó compasión para lo que su mente no entiende y todos tenemos aversión espontánea para lo que nuestro entendimiento repugna, sucedió que no pudieron existir sentimientos humanitarios para los mártires de la fe cristiana ni aún en el corazón de los paganos más virtuosos, como Antonine y Marco Aurelio (2), para los mártires del auto de fe en los piadosos inquisidores, para los mártires de la guillotina en los patriotas jacobinos. Y no por falta de corazón sino por escasez y torpeza de entendimiento sucedió que todos ellos, con aptitud para enternecerse por los sufrimientos de un perro estimado, pudieron presenciar las torturas de sus semejantes por el espíritu con el placer con que se miran los estrotores de la bestia herida en una partida de caza.

«El ojo humano sólo ve en proporción á los medios de ver que lleva», dice Carlyle, y para el que no lleva en el entendimiento medios de ver el derecho, la verdad y la razón de los otros, para el que ha sido educado como el judío, el musulmán y el católico (3) á no conocer más derecho y verdad que los de su credo, ni más prójimo que su correligionario, so pena de incurrir en pecado mortal y excomunión mayor, no exis-

te en el mundo más derecho, verdad y razón que los suyos, y toda pretensión contraria ó diferente es pura sinrazón, injusticia y mentira. Y en el hábito de la fe en la religión sin la ciencia y sin disidentes, que implantó la Iglesia, sucede entonces la fe en la ciencia sin la religión y sin los frailes, víctimas á su turno de su propio sistema de ostracismo: á la fe en el unitarismo sin federales sucede la fe en el federalismo sin unitarios, en el intransigente que cambia de dogma ó de doctrina en la misma pobreza mental, pasando de una intolerancia á otra, porque en todos los terrenos de la vida, la pobreza de entendimiento hace la estrechez y mezquindad de sentimientos.

La característica de los partidos sudamericanos viene precisamente de su condición de islotes de su partícula de verdad, de derecho y de justicia, del entendimiento en tunel que sólo consiente un vehículo de la verdad y de la razón, del espíritu estrecho que nos han formado 15 siglos de intransigencia católica, creando el absolutismo habitual de la mente española, que lleva á tomar como evangelio las fórmulas políticas, los principios económicos, los hombres y las cosas. Una sola salvación, una sola verdad, una sola doctrina santa, un solo partido patriota, y lo demás falso y traidor. «No hay salvación fuera de la Iglesia y el Papa es infalible»: «¡sólo Dios es Dios y Mahoma su profeta!».

We are none of us infallible, not even the youngest, dice Austin. Plagiando á Catalina de Medicis y á Luis XIV, decía Carrier: *Nous ferons de la France un cimetière, plutôt que de ne pas la régénérer á notre manière.*

El hombre es un producto de sus ideas y sentimientos, á diferencia del animal que sólo es un producto de sus instintos, y sobre los mismos instintos comunes, las creencias diferentes hacen hombres diferentes, tan diferentes como el día y la noche, como el inglés y el turco, como los liberales y los reaccionarios.

Con la misma conciencia y el mismo corazón, la mejora sucesiva de los medios de ver hacen constantemente otro sujeto moral en el mismo individuo físico, y puede decirse que nuestra principal diferencia con los que nada aprenden en el curso de la existencia, consiste en que nosotros llegamos á saber que hemos sido bárbaros y ellos se mueren ignorantes de sus torpezas, porque su e-tupidez patriótica ó su «santa ignorancia» ó su falta de sinceridad les han impedido siempre expurgarse, con un entendimiento más esclarecido, los pejos del alma que son las pasiones mezquinas, pues salvo los casos excepcionales, el hombre no es como el hijo de tigre, tigre siempre, sino como el frasco de perfumes, ó de vinagre, ó de aguardiente, ó de vitriolo, en que todo depende del contenido.

AGUSTÍN ALVAREZ.

LECTURAS

El pasado siglo fué el de las revoluciones políticas; será el presente el de las revoluciones sociales. Se consignó en los códigos la libertad política y creyeron algunos que eso bastaba para que el obrero fuese libre. Nada más lejos de la verdad. No puede el obrero ser libre mientras esté sujeto á la esclavitud del salario. Falso es lo que se llama la libre contratación del trabajo. Para que su contrato sea completamente libre es indispensable que los que lo celebren estén en igualdad de condiciones. ¿Lo están el fabricante y el operario? Vosotros sabéis de sobras que nó.

Debe pues lucharse para emancipar económicamente al obrero y esta será la labor del presente siglo

P. D.

CANTA una balada de Dario Heine: "A la media noche las tumbas se descubren, y mil sombras surgen, gritando: ¡Amor! ¡amor! ¡amor!"
En la poesía los enamorados salen de las tumbas, buscando amor: en la realidad, los enamorados salen de la vida para entrar en las tumbas, violentamente tronchados por ráfagas pasionales.

Muchas veces olvidamos que el amor existe: ó hemos amado demasiado ó reposamos en un lecho de olvido; ó no hemos amado jamás por que, nacidos sanos, no creemos en la fiebre. Nos dan por amor una mixtura de sensualidad, de coquetería, de vanidad caprichosa; y filosóficamente fingimos creer en este ligero veneno, en estainóculo falsificación; por edad ó por experiencia, por quietud línfática, no somos capaces ya de perder la cabeza.

¡Ah, que hermosa cosa perder la cabeza, en sentido figurado! ¡Que alegres, que rotundas, que increíbles mofas se realizan, cuando se ha arrojado *sou bonnet pardessus le moulin!* Ahora en cambio, nos estamos lejos de los molinos, y si sopla el viento, nos encajamos el gorro en la cabeza, para poder figurar dignamente y, al fin, entre los hombres "serios".

Quiere la fortuna que el amor sea sentido por los otros con clásica intensidad; hay todavía en el mundo una robusta minoría que ama, que mata, que se harta, que traspasa el corazón infiel, como en las tragedias y que en rededor siembra el estrago, la desolación, el horror y el luto.

Este año, los dramas románticos están en flor: de enero á hoy, de norte á sud, desde las ínfimas hasta las más altas clases sociales, los asesinatos por amor se han duplicado. Recuerdo algunos, entre los más curiosos; muchos han escapado á mi memoria porque no tenían nada de singular.

¡Os figuráis, vosotros, las pobres víctimas que enseguida se olvidan porque sus muertes *no tenían nada de singular*, que no podrán tener, siquiera un poco de indulgencia, con el matador que no supo quitarles del medio en una forma original, que mueren y desaparecen, caen y se alejan en medio del olvido y la indiferencia! . . . Es necesario tener algo de particular en todo, aún en la misma muerte; los gladiadores romanos lo sabían y de ello hicieron una profesión de arrancar la piel con toda estética.

Entre los más curiosos dramas de amor recuerdo uno que se desarrolló en Milan: un marido degüella á su mujer y se complace en traspasar el cadáver todavía caliente con la más variada colección de agujones. Espero ver de nuevo á este Torquemada en miniatura en su proceso: es un artista del género: el hallazgo de los agujones no tiene nada de vulgar; el marqués de Sañe los habría clavado en cuerpo vivo pero el marido milanés, no tuvo tiempo de hacerlo, porque la mujer había muerto enseguida de la terrible puñalada en la carótida; será para otra vez...

Notable también el pequeño drama de celos, ocurrido pocos días hace en Voghera, donde una elegante (esperamos sea elegante), marquesa saliendo al encuentro de una simpática (esperemos sea simpática) rival, descargó contra esta varios tiros de revolver, hiriéndola gravemente. ¡Oh, porqué no haberle mandado dos representantes, porque no haber dado el infame espectáculo de un singular combate entre gentiles damas? ¡porqué enjambarse con Musolino?

De todas maneras que ocurren, todos estos episodios de la crónica, me convencen de que el amor existe, el bello amor sonoro como una gran

caja, rugiente como el cráter de un volcán, vibrante como un payaso á la entrada de un circo. Hay gente que todavía pierde la cabeza, que no vé más allá de un palmo, que encuentra inesperadas proporciones entre el gusto de vengar una traición y la molestia de pasar la vida en el ergástulo: *Tutto per l'amore*, diría nuestro querido Ugo Ojetti; también los agujones clavados en el pecho de una mujer pueden representar la expresión, quizá exuberante, de un amor incomprometido.

Corre la sangre; los carabineros llegan; los magistrados y los jurados trabajan; los cesteros y las prisiones devoran víctimas; el sociólogo estudia gravemente las causas de lugar, de tiempo, de raza, para compilar algún *in-folio* magnífico é inútil sobre los crímenes pasionales y desde que los sociólogos estudian el número de los crímenes pasionales se ha duplicado. La culpa no es de los sociólogos; la culpa es de los pasionales; se obstinan en no querer leer los libros y meditar sobre la abrumadora conclusión!

L. Z.

OFICINAS DE MARTIN FIERRO

Han sido trasladadas á la calle SANTIAGO DEL ESTERO 1072

ESTUDIO



Angiolo Tommasi

CUYO esq. MAIPÚ

BUENOS AIRES



BIER-CONVENT



CUYO esq. MAIPÚ

BUENOS AIRES

— K DE —

LUZIO Hnos. Y MONTI

RESTAURANT *

* y CERVECERIA



SALONES ESPECIALES PARA

FAMILIAS Y BANQUETES *

9

Rocca y Martinelli

MOBILIARIO y TAPICERÍA

Reproducción de muebles y decoración de estilo

GRAN SURTIDO PERMANENTE

DE MUEBLES DE TODAS CLASES

Corrientes, 990 Buenos Aires

10

Ghiraldo & Cia.

EXPORTADORES DE HARINAS
Y CONSIGNATARIOS DE FRUTOS DEL PAÍS

Calle SAN MARTIN, 253

*** BUENOS AIRES ***

U. Telefónica 1777, Central Telegramas: MONTECOR

11

A. CABEZAS

UNIÓN 2112, (Avenida) COOPERATIVA, 717

Calle CUYO, 546

entre FLORIDA y S. MARTIN

— BUENOS AIRES —

La casa más importante de Sud-América en Ropa Hecha y Sobre Medida

CALZADO Y SOMBREROS PARA HOMBRES, JÓVENES, NIÑOS, SEÑORAS Y NIÑAS

Recién inauguradas las Secciones de
CAMISERÍA-BONETERÍA-CORBATAS



LA QUE CONFECCIONA MEJOR Y VENDE
MÁS BARATO EN TODO EL MUNDO ***

— CATÁLOGO GRATIS —

12

“El Malacara” * Almacen
y Fiambrería

de Juan Vismara

Calle SERRANO, 102 esq. MUÑECAS
BUENOS AIRES

FOTOGRAFIA

~ REFFO ~

Defensa 861 - Buenos Aires

16



ARMONIUM-SKALA

Cualquier persona puede tocarlo

Conozca ó no la música

\$ 90 CON PIEZAS
É INSTRUCCIONES

GUITARRAS - MANDOLINES - CÍTARAS

Se reciben suscripciones é los periódicos quincenales “IL
MANDOLINISTA” é “IL PIANO FORTE, de Turin.

PESOS 2.50 POR AÑO

CASA TONINI FLORIDA 470

18